

MIS PEQUEÑOS DINOSAURIOS
(Memorias de un joven naturalista)

Discurso leído en el acto de su recepción como
Académico Correspondiente en Tenerife por el

Excmo. Sr. D. **Rafael Arozarena Doblado**

el día 17 de diciembre de 2004

MIS PEQUEÑOS DINOSAURIOS
(Memorias de un joven naturalista)

Depósito Legal: M-51691-2004

Imprime:
Gráficas Loureiro, S.L.

MIS PEQUEÑOS DINOSAURIOS

(Memorias de un joven naturalista)

Discurso leído en el acto de su recepción como
Académico Correspondiente en Tenerife por el
Excmo. Sr. D. **Rafael Arozarena Doblado**
el día 17 de diciembre de 2004

Arrecife (Lanzarote), Centro Científico-cultural Blas Cabrera

INTRODUCCIÓN

Me introduje en el mundo de la Entomología por la amistad con el naturalista y prestigioso entomólogo, el doctor don Anatael Cabrera Díaz. A él debo el ofrecimiento de la llave mágica que me abriría las puertas de un mundo tan maravilloso como aquellos creados por el lápiz de Walt Disney, la pluma de Lewis Carroll o el pincel de El Bosco. Consistió el regalo en una simple lupa y unas palabras de estímulo.

“Esta lente te abrirá las puertas de un paraíso y un infierno a la vez – me dijo –, pero sobre todo, hará que te arrodilles ante la Naturaleza, que es el gesto más humilde y sabio que puede tener el hombre ante el espectáculo de la vida”.

Así lo hice y lo sigo haciendo, ya con menos frecuencia por la edad, pero siempre con el entusiasmo y la expectación de la curiosidad por descubrir las insospechadas escenas que se desarrollan a nuestros pies, en las misteriosas y poco conocidas selvas de la hierba.

Para esta ocasión de hoy, tan grata para mí, he decidido brindar a la *Academia de Ciencias e Ingenierías de Lanzarote*, la lectura de una de mis primeras andanzas tras los pasos de esos pequeños dinosaurios que conocemos como insectos.

MIS PEQUEÑOS DINOSAURIOS

(Memorias de un joven naturalista)

El terreno se encontraba a veces interrumpido por otras tierras diferentes, constituidas por derrumbes que contenían diversidad de materiales rocosos. Me entretuve ante una de aquellas cascadas de tierra para observar la mandíbula fósil de un animal gigantesco que vivió en el Terciario. Por los alrededores fui descubriendo otros huesos del esqueleto de aquel ser, verdadero dinosaurio, perteneciente a una especie de lagarto ya inexistente. Vértebras, fémures, y sobre todo un cráneo casi completo, me dieron la idea del descomunal tamaño de aquel antiguo saurio que traté de recomponer con mi imaginación y hasta llegué a verlo viviente, “en carne y hueso” ante mí, como el fantasma de un gran caimán de cabeza negra que se interponía en mi camino.

Aproveché la sombra de una cornisa rocosa para tomarme un descanso y con el refresco de una suave y agradable brisa me quedé embelesado en una especie de ensoñación que me llevó hasta las Eras antiguas cuando aún el hombre no existía y el paisaje se llenaba de una multitud de monstruos que aparecían y desaparecían entre los bosques de grandes helechos, bramando fieramente mientras aplastaban a todos los seres menores que encontraban a su paso en una carrera inconsciente, arrolladora y desesperada, hacia un fin desconocido.

Cuando desperté de aquella turbulenta pesadilla, el sol estaba encima de mi cabeza y el desierto que tenía delante parecía una lámina de cobre cuyo resplandor atacaba mis ojos y no podía fijar la vista por mucho tiempo en el horizonte. Me ayudé con la mano haciendo de visera y descubrí, muy lejos aún, la silueta solitaria de un ser que no pude identificar de pronto, un bulto que se movía sin pararse, haciendo aspavientos con los brazos, corriendo en zigzag sobre la arena que temblaba como si fuera agua debido a los efectos de la reverberación del sol. A pesar del avance rápido de aquel animal siempre parecía estar en el mismo sitio. Estuve un tiempo observándolo por si podía

averiguar a qué especie pertenecía y de pronto desapareció de mi vista misteriosamente, como si el desierto se lo hubiera tragado. Me extrañó aquella desaparición brusca, porque el paisaje era totalmente llano y no había rocas, ondulaciones o dunas donde podía haberse ocultado. Terminé por olvidar la curiosa visión que tomé como espejismo debido a la insolación y proseguí avanzando decidido a cruzar aquel interminable páramo tan escaso de vegetación y vida.

Había cruzado ya algo más de la mitad del solitario desierto cuando, de pronto, sentí que caía en un abismo resbalando por la ladera arenosa de un hueco profundo que inesperadamente se abrió a mis pies. Era un enorme agujero circular en forma de fonil o cono invertido muy profundo que me recordaba el cráter de un volcán. Por el impulso que traía en mi marcha no pude evitar mi caída en el interior de aquella especie de trampa o falsete y tuve la suerte de sujetarme a una roca que sobresalía cerca del borde. No sin esfuerzo de los músculos de todo mi cuerpo y con el sobresalto metido en el corazón, logré salir de aquel agujero y me quedé tendido en la arena, ya a salvo, esperando que se me pasara el susto. Aproveché para estudiar aquel extraño abismo tan perfectamente construido que pensé si, más que por la propia naturaleza, habría sido confeccionado artificialmente por algún ser con secretos y misteriosos conocimientos de matemática. Tan perfecta era aquella excavación que sospeché que no era huella hecha al azar sino que fue construida conscientemente para algún fin determinado. Tratando estaba de dilucidar el enigmático origen de aquel precipicio cuando ocurrió algo inusitado. Iba a levantarme para alcanzar un lugar más seguro y tontamente apoyé el pie con fuerza en la roca que me había salvado, pero que ahora, inexplicablemente, se desprendió de su lecho y rodó ladera abajo hasta quedar inmóvil en el fondo del cráter. Y nunca mejor dicho lo de cráter, pues inesperadamente aquella gran piedra salió disparada hacia el cielo como si en verdad fuese lanzada por la brusca erupción de un volcán provisto de fuerzas extraordinarias. Recordé al cíclope ciego de la *Odisea*, Polifemo, aquél ante quien Ulises se hizo llamar Nadie para confundirlo y no en vano lo recordé, pues por más que observaba el fondo de aquella sima no pude descubrir ningún ser vivo y todo quedó de nuevo extrañamente inmóvil y en silencio. ¿Qué fuerza misteriosa había lanzado la piedra desde el fondo? ¿Era aquello un fenómeno volcánico desconocido? No hubo explosiones, temblores de tierra, ni expulsión de gases como hubiera ocurrido una erupción.

Quedé bastante intrigado y pasé un tiempo sentado en el borde del singular abismo, mirando al fondo, tratando de descubrir la clave del extraño

fenómeno. Al ver que pasaban las horas y no ocurría nada especial, busqué la roca que había sido expulsada y trasladándola hasta el borde del cráter hice que rodara de nuevo hacia el fondo donde quedó medio enterrada e inmóvil durante unos minutos, dos o tres nada más, pues de pronto salió bruscamente despedida hacia el cielo como bomba de volcán.

Esta vez no paró ahí mi asombro, pues, casi seguido al lanzamiento de la roca, vi que surgía hacia el aire, con la misma fuerza, el cadáver de una hormiga gigante que cayó muy cerca de mí. Examiné al animal y comprobé que estaba totalmente seco. Sus vísceras interiores habían sido succionadas y quedaba sólo su dura piel exterior por lo que tenía el aspecto tétrico de una momia. Recordé al animal del espejismo, el fantasmagórico ser que avanzaba por el desierto haciendo aspavientos con sus antenas y no me fue difícil pensar que se trataba de este mismo animal que había desaparecido al caer en el enigmático embudo. Decidí descubrir aquel misterio y con la ayuda de pies y manos me puse a trabajar rápidamente provocando continuos derrubios de piedras y arena que se deslizaban por las laderas del gran falsete y se iban depositando en el fondo hasta que el hueco quedó totalmente relleno de tierra y escombros. Me senté a esperar y estuve comprobando que los restos de la hormiga estaban frescos aún y todas las piezas exteriores de su cuerpo, incluyendo antenas y patas, estaban intactas pero completamente huecas, lo que me llevó a imaginar que había sido víctima de algún insecto provisto de trompa succionadora como las grandes chinches de campo. ¿Sería alguno de estos monstruos el autor de la muerte y desecación de la hormiga?

Estaba ya el desierto enrojecido por la puesta del sol y pensé en proseguir mi camino hacia la selva de tomillares, donde quería pasar la noche, cuando sentí como un ligero temblor de tierra y la arena se levantó ante mis ojos como si surgiera una gigantesca duna en la que pronto reconocí a un animal de horrible aspecto, cuyo cuerpo, grueso, ovalado y rugoso, tenía la coloración de la arena y estaba provisto de rígidas cerdas (1). Es un animal imponente y por suerte permaneció inmóvil algún tiempo, el suficiente para poder observarlo con detenimiento. En el extremo anterior posee unas pinzas curiosas en forma deafiladísimas dagas. Carece de boca pues estas mandíbulas ganchosas son como tubos succionadores y le sirven para alimentarse de los jugos interiores de sus víctimas. En la base de las pinzas tiene un grupo de seis grandes ojos que desprovistos de párpados parecen mirarme sin verme. Es un monstruo imponente que me recuerda esas máquinas excavadoras con grandes aparatos perforadores y palas dentadas que por su aspecto animal son llamadas (¿PERROS?). De pronto se ha puesto en acción, como si despertara de un breve

letargo, y metiendo el extremo del abdomen en la arena comienza a retroceder rápidamente formando círculos concéntricos, cada vez más estrechos y profundos, hasta construir el gran embudo en cuyo fondo queda oculto, camuflado, en espera de la llegada de alguna nueva víctima. Así lo dejo y abandono mi puesto de observación para terminar de cruzar el desierto que, ya con el sol desapareciendo en el horizonte, se ha oscurecido demasiado y tengo que guiarme con mi linterna hasta encontrar el lugar idóneo donde acampar y pasar la noche.

Por el camino hasta los tomillares encontré varios cráteres más y tuve que andar con precaución para no rodar por las profundas laderas.

Cuando llegué al borde de la perfumosa selva me lié en mi manta (aquí las temperaturas son siempre benignas) y me dispuse a descansar, ya que había estado más de ocho horas caminando por la desolada llanura y me encontraba agotado. También sentí la necesidad de dormir, pues mi cabeza estaba fatigada con tantas preguntas, nuevas ideas y deseos de comprender aquellos seres que la naturaleza me había presentado durante el día.

A poca distancia, mirando hacia el Norte, crecía un espeso bosque de oréganos cuyo perfume se mezclaba con el aroma del tomillar y la noche se presentó cargada de los intensos efluvios de la naturaleza mientras en el cielo se encendía la constelación del gigante Orión, que desde allá arriba parecía buscar las siete doncellas convertidas en ovejas que forman el conjunto de las Pléyades.

Todo quedó sumido en la oscuridad y el silencio durante un par de horas y aproveché para introducirme en el mundo de los sueños, del cual, salí sin darme cuenta, pues me despertó una especie de concierto de violines con un sonido tan suave que pasé al mundo de la vigilia sin notarlo, y en verdad creí que aún estaba soñando cuando abrí los ojos y vi el bosque inmerso en una bruma suave como una cortina blanca de gasa que avanzaba hacia el Sur.

Aquella delicada música de violines que me había despertado como especial serenata de cientos de mosquitos, se incorporó al gran concierto nocturno de la Naturaleza. Un concierto que comenzó con algunos compases de “Catalinita hizo” (Kati-did) que un grillo verde (2) entonó en solitario mientras se descorría el telón de niebla rastrera y aparecía en el cielo la hermosa lámpara de la luna. Entonces comenzó a sonar la gran orquesta de la selva compuesta por instrumentos de viento y percusión como clarines, chácaras y timbales, que llenaron la noche con un apasionado y ensordecedor paroxismo musical.

Sabía yo que la mayor parte de aquellos sonidos eran llamadas de amor que los seres vivientes emitían ocultos en la espesura del bosque para delatar su situación.

Pero no todo era música inocente y romántica, pues de vez en cuando se escuchaba un grito de angustia, un chirrido estridente de alguna criatura torturada, un anuncio del peligro de la vida en la selva, donde actúan a la par, de una manera inconsciente, el amante y el asesino, el hambriento y el guerrero, todos cometiendo sin culpa crímenes y robos para asegurar la continuidad de la especie que es la primera y más importante ley de la Naturaleza.

Entre aquella barahúnda de sonidos surgió de pronto el alarido agudo y terrorífico de un animal caído en alguna trampa o quizá atrapado entre las horribles garras de algún descuartizador. Ante aquel espeluznante grito, la selva quedó paralizada y silenciosa, acaso atemorizada, durante unos segundos. Fue un silencio expectante, como si todos los seres del bosque quedaran alertados y trataran de descubrir el lugar exacto donde se desarrollaba el drama.

Después prosiguió el extraordinario concierto que comenzó nuevamente con el grillo verde cantando su interminable canción de “Catalinita hizo” y fue seguido por la gran polifonía que entonaban todos los músicos de la floresta.

Me encontré con ánimo para caminar por el interior del bosque aprovechando la luz de la luna y después de pensar la dirección que me parecía más conveniente, opté por adentrarme hacia el sur, siguiendo un camino que había sido trazado recientemente por el paso de algún ejército de hormigas rojas. En algunos tramos de aquella perfecta carretera descubrí ejemplares moribundos, paráliticos o mutilados, que por alguna causa se retrasaron y no pudieron seguir la marcha con sus congéneres y fueron víctimas de los ataques de otras bestias carnívoras como ciempiés, musarañas o quizá hormigas mismas procedentes de algún hormiguero ajeno. Algunas habían perdido patas, otras, antenas y las había con solo medio cuerpo sano. Me dio la sensación de que muchas se disponían a morir resignadamente. En verdad no creo que pensarán en mi presencia, pero observaba que trataban de moverse un poco y agitaban las antenas como un desesperado y último saludo a la vida.

Al llegar a una curva el camino se introducía en un bosquecillo de tomillos secos cuyos troncos y ramas formaban extrañas siluetas que vistas al trasluz de la luna recordaban grupos de danzarinas negras que se habían detenido en la exhibición de sus graciosas y artísticas gesticulaciones. Al pie de uno de aquellos delgados árboles surgió de repente un resplandor de oro que me encandiló por un momento. Luego desapareció, como si se hubiera apagado, o quizá ocultado detrás del tronco o entre las ramas y hojarasca que formaban el

sotobosque. Extrañado por aquel fenómeno me acerqué con cautela y apartando unas ramas que me impedían la visión, me enfrenté de pronto con la curiosa figura de una especie de dama, diosa o virgen, con precioso manto de oro que observado desde cierta posición brillaba en todo su esplendor con la claridad de la luna. Pasé un gran rato distraído observando aquella maravillosa imagen que apoyada indolentemente en un tronco permanecía inmóvil como si estuviese dormida o quizá muerta y traté de explicarme la razón de aquel manto dorado que, con toda seguridad tendría que ser para algo útil, ya que en la naturaleza nada es creado por capricho o simples vanidades como ocurre entre los componentes de la sociedad humana. Así que borré de mi mente la valoración del oro, y todo símbolo de riqueza o de categorías reales o divinas y demás ringorrangos, y centré mis pensamientos en las necesidades más perentorias de los seres que viven sometidos a los grandes planes de la vida natural: nacer, alimentarse, crecer, reproducirse y morir.

Esta es una preciosa mariposa nocturna (3) cuyas alas triangulares están adornadas con grandes espejos que con su brillantez la hacen plato inapetecible para sus enemigos, principalmente pájaros y otros insectos entomófagos. Es un medio de defensa, dicen algunos naturalistas, pero no estoy yo muy convencido de que esto sea así, pues pienso que esta mariposa es de hábitos nocturnos y los pájaros no cazan durante la noche, a excepción de búhos y corujas, que en todo caso, prefieren ratones y musarañas. Una señal luminosa me parece más propia como llamada de amor. Podemos recordar los casos muy corrientes entre algunos insectos como las luciérnagas y los cocuyos.

Esperé algún tiempo por si aparecía el macho y confirmaba mis sospechas, pero mi espera fue en vano ya que aquellas alas de oro no se movieron ni emitieron señales y al fin, acercándome un poco más, descubrí que se trataba de un cadáver, víctima quizá de un parasitismo o simplemente porque ya había cumplido completamente con sus cinco ciclos naturales.

Pasé más de una hora contemplando la bella imagen muerta y pensé en la virgen de algún pueblo español, o un icono griego o ruso, y también, como no, traté de hilvanar alguna aventura con una princesa como la bella durmiente del bosque. Estaba amaneciendo ya, y con una mezcla de fantásticas historias en la cabeza, proseguí mi camino hacia el sol entre los perfumados oréganos. Conforme clareaba el día fui siguiendo las huellas de las horribles tragedias ocurridas durante la noche. Como una gran noria de feria con bombillas encendidas, descubrí de repente una hermosa telaraña adornada con las gotas de rocío del amanecer. En la parte baja y a la derecha de aquel admirable tejido, la tejedora había estampado su firma y pude reconocer que pertenecía a la familia

de Argiopidae (4), unas preciosas arañas que visten de seda, oro y plata como los toreros, y cuyas trampas o telas son elaboradas tan perfectamente que siempre causan la admiración de naturalistas y matemáticos. Esta muestra que ahora tengo ante mis ojos es todo un espectáculo con su forma de malla radiada y conteniendo guirnaldas de gotas de rocío cual bujías de colores que se encienden y rutilan como diamantes con los primeros rayos de sol que penetran en la selva. En el centro de aquella noria hay una especie de envoltorio de seda donde permanece prisionero, atado y amordazado, un saltamontes que parece mirarme con sus ojos sin párpados. No sé bien si ya está muerto y su interior ha sido succionado por la araña. A lo mejor aún está vivo y permanece inmovilizado para ser alimento fresco en cualquier momento. Me viene el recuerdo del espeluznante grito que oí durante la noche. La bestia cazadora está en un extremo de la tela y parece entretenida reparando una parte de la red que ha sido destrozada, quizá por el viento o por alguna otra víctima que lograría escapar de aquella pegajosa trampa que tanto recuerda los «cabellos de una vieja tendidos entre los árboles del bosque».

Entristecido, pensando en la inescrutable mirada del saltamontes prisionero de la araña, continué mi camino y al poco tuve que apartarme para dejar paso a un batallón de hormigas rojas que pasaron apresuradas escoltadas por sus soldados. Me pregunté a dónde irían con tanta prisa y la respuesta la tuve horas más tarde, cuando me senté a la salida del bosque, en un altozano, para descansar y tomarme un refrigerio. El batallón de hormigas rojas regresó de su misión de recogida de alimentos para abastecer el hormiguero. Era un espectáculo curioso y dantesco, un desfile de horrores, pues cada hormiga portaba algún miembro de las víctimas de la noche. Mientras unas llevaban de cigarrón, otras arrastraban las patas de un grillo o los élitros de una cucaracha. Algunas se encargaban de transportar entre sus mandíbulas los cuerpos mutilados de sus propias compañeras que habían formado en las filas de algún grupo expedicionario. La escena me recordaba un tríptico de El Bosco, donde las figuras estaban en pleno movimiento y formaban un gran zafarrancho.

Durante la noche me despertó un ruido muy lejano, como si un ejército de leñadores estuviera quebrando ramas secas en el interior del bosque. No le di importancia y seguí durmiendo de un tirón hasta el amanecer. Y aquí fue mi sorpresa, cuando al salir de la tienda me encontré rodeado por una serie de altísimas cabañas en forma de pirámides, construidas con troncos tan perfectamente ensamblados que se me hacía difícil pensar que no fueran hechas por el hombre y sospeché que se trataba de un campamento provisional de alguna desconocida tribu de pigmeos bosquímanos.

Pasé algún tiempo observando tan curiosas viviendas, tratando de descubrir a sus constructores, mas por el silencio y soledad reinantes estuve a punto de creer que las extraordinarias chozas habían sido abandonadas.

Merodeé cautelosamente alrededor de aquellas torres de troncos y pude observar con sorpresa que carecían de puertas, ventanas o huecos para entrar o salir. ¿Una prisión? ¿Habría en su interior algún pobre ser condenado? Me hacía estas preguntas tratando de adivinar el fin de tan extrañas edificaciones cuando, con gran estupor, vi que una de las pirámides se trasladaba de lugar movida por una misteriosa fuerza que la levantaba del suelo. Poco después casi la totalidad del campamento se puso en marcha con una especie de danza cómica que me recordaba el desfile de gigantes y cabezudos que se celebra en las fiestas de mi pueblo.

No todas las cabañas emigraron. Algunas permanecieron inmóviles, fijas en el mismo sitio durante todo el día y se me ocurrió pensar que su desgraciado morador podría estar muerto.

Llevado por mi insaciable curiosidad me dirigí a la más cercana de las pirámides con ánimo decidido a descifrar aquel enigma y revisé cuidadosamente los cuatro costados tratando de hallar un agujero o rendija que me permitiera ver lo que ocurría en su interior. Mi búsqueda fue inútil, pues los maderos estaban tan perfectamente unidos que ni la luz ni el aire podía pasar entre ellos. Pensé que a lo mejor allá arriba, en el extremo más agudo del edificio, habría alguna abertura y armándome de valor comencé a escalar por una de las peligrosas paredes de troncos hasta alcanzar la cúspide.

No andaba yo muy descaminado en mis sospechas, pues al llegar a lo más alto de aquella especie de torre de castillo encontré una gran puerta circular, semitransparente, como una claraboya que taponaba la entrada de algún pasadizo secreto. No me costó mucho esfuerzo levantarla, ya que estaba hecha de un material tan liviano como la celulosa, y ayudado por la luz de una linterna estuve escudriñando entre las sombras de una profunda estancia cuyas paredes brillaban como si estuvieran lujosamente tapizadas con cortinajes de finísimas sedas. En el fondo descubrí un bulto que se movió al recibir la luz. Era un ser sin pies ni cabeza visibles, con el cuerpo desnudo, lustroso y opalino, que no paraba de agitarse en silencio con movimientos espasmódicos mientras yo le enfocaba. Por el aspecto de la habitación y la delicadeza de su piel deduje que estaba ante un ser femenino, una dama o princesa entre su especie y me vino a la memoria el episodio histórico de Ana Bolena en su cautiverio de la Torre de Londres.

No quise hacer sufrir más a aquella frágil criatura y después de tapar de nuevo la entrada me disponía a descender por el mismo lado que había subido, pero tuve la desgracia de resbalar y me deslicé por el techo de troncos hasta caer sobre un suelo de mullida vegetación sin más consecuencia que un ligero golpe en la rodilla y algunas magulladuras en las espaldas.

Con el cuerpo molido, me retiré a descansar junto a mi tienda y pasé el tiempo reflexionando sobre las curiosidades de aquel extraño e interesante mundo que estaba descubriendo gracias a la mágica lente de aumento que me guiaba a través de una selva tan real y fantástica a la vez.

Me preguntaba al contemplar las pirámides, tan bien terminadas, qué instinto arquitectónico podía tener una simple bestia para lograr aquella maravilla. ¿Cómo un animal que carece de pensamiento es capaz de resolver los problemas geométricos que se presentan en la construcción de una vivienda tan original?. En verdad no me encontraba muy seguro del concepto que el hombre tiene de sí mismo considerándose el único animal provisto de inteligencia.

Sobre los árboles, una franja de luz roja convertía la atmósfera en una encandilante lámina de cobre. El efecto de metalización del paisaje duró solo unos minutos, hasta acabar en un suave color rosa que lentamente se iba fundiendo entre las ya próximas sombras de la noche.

Fue entonces cuando recibí una nueva impresión al sentirme casi rozado por una especie de murciélago gigante (5) que cayó del cielo muy cerca de mí. Era un animal de aspecto tétrico, con el cuerpo cubierto de una densa vellosidad y enormes alas de terciopelo negro que le servían de capa vampiresca. Su cabeza se adornaba con dos grandes y fúnebres plumeros. No pude menos que pensar en el conde Drácula y temí que en algún momento, durante la noche, me cogiese dormido y se abalanzara sobre mí para chuparme la sangre. Mas, por suerte, su comportamiento fue otro y pronto me persuadí de que yo no tenía nada que ver con sus secretos designios.

Moviendo sus largas antenas plumosas venteaba en todas las direcciones como si buscara alguna esencia especial. Luego se dirigió hacia la pirámide que yo había escalado y trepó con agilidad hasta el vértice donde permaneció un largo rato como un enorme buitres, o cóndor, con las alas extendidas y medio cuerpo introducido en el orificio que servía de entrada a la suntuosa alcoba donde reposaba su buscada pareja.

Quedaba todavía una débil luminosidad crepuscular cuando el lóbrego pajarraco emprendió el vuelo y desapareció de mi vista.

Días después me enteraría que aquel animal, especie de zorro volador, era totalmente inofensivo y pertenecía a una familia de almas (psiquis) que se

caracterizaba por la construcción de aquellas curiosas cabañas de madera donde la hembra pasa toda su vida sin salir esperando ser fecundada. El macho dispone de una existencia muy corta, apenas unas horas, y pensé que aquél que yo había visto, una vez cumplida su misión reproductora, se dirigía en su último vuelo en busca de un lugar donde morir.

*«Érase una vez un rey
que tenía seis hijas...
las metió en seis botijas
y las tapó con pez...
¿Quieres que te lo cuente otra vez?».*

...

Esto cantaban las abuelas de una manera repetida y monótona para que el niño se durmiera. Era una especie de nana que a mí me gustaba mucho y me dormía imaginando a las seis princesitas esperando a que yo fuera a sacarlas de sus celdas ... ¿Cómo seguiría aquel cuento? Con aquella misma curiosidad de entonces me acerco ahora a un grupo de preciosas ánforas de jade que alguien (seguramente un rey) ha abandonado en la superficie de una hoja de «tabaiba». Son unas preciosas tinajas colocadas cuidadosamente en dos filas. ¿Qué contendrán? Al tiempo de hacerme esta pregunta acerco la lupa y tengo la suerte de contemplar algo inusitado. En una de las tinajas aparecen tres puntos negros en el borde de la tapa. Estos puntos giran formando una corte circular y la tapa se levanta quedando sujeta por una parte ínfima que sirve de bisagra. Del interior del bello recipiente surge la cabeza de un ser coronado, como un pequeño reyezuelo. La corona es como el esqueleto de un sombrero de tres picos, tres picos precisamente que han servido a la manera de abrelatas para destapar el precioso jarrón de jade.

A cortos intervalos veo la eclosión de las demás larvas que surgen de forma idéntica a la primera. Son pequeñas criaturas, de cristal de color ambarino, que recorren la hoja. Pronto serán adultos y pensando en esto me dispongo a recorrer esta especie de árbol que es la “tabaiba” y yo me figuro que es un gran hotel, un rascacielo con varios pisos y largos pasillos que son las hojas como pasarelas al aire libre por donde deambulan una gran cantidad de huéspedes de muy diversas procedencias. Estas criaturas recién salidas a la vida, corren en busca de sus progenitores para ampararse ante posibles monstruos glotonos, para los que serían un apetitoso y tierno bocado. Yo también busco a los individuos adultos de la especie, pues tengo ganas de encontrarme con «el

rey que metió a sus hijas en las botijas». ¿Cómo será? me pregunto ansioso de toparme con un nuevo ser de este maravilloso mundo que estoy explorando.

Y no tardo mucho en el nuevo hallazgo. Una extraña bestia cuyo cuerpo y patas parecen de calidad vegetal, de color verde tierno y con forma que recuerda un pentágono (6), parece descansar en el ángulo que forman dos ramas centrales. Hubiera sido difícil verlo si estuviese sobre alguna hoja, pues tanto la hoja como el animal tienen el mismo tono verde. Aprovecho que parece estar adormecido y me acerco para observarlo mejor. A la vista y al tacto, tiene calidad de vegetal y la forma de su cuerpo es un escudo y posee una trompa aguda para sorber los jugos de las plantas. Lo estudio y me entero de su nombre: Nezara. ¿Así que éste era el rey que metió a sus hijas en las vasijas y las tapó con pez? ¡Ya no tendré que pedir que me cuenten el cuento de nunca acabar! Hoy, al fin, he podido conocer al rey y sus hijas ...

No he salido aún del asombro que me causaron las bellas ánforas de jade del rey Nezara. Las pequeñas princesitas de cristal corren de un lado para otro sobre el pasillo verde de la hoja. Pronto se harán mayores, convertidas en larvas del rey, grandes y rechonchas, con el cuerpo vistosamente coloreado de ocre, verdes, rojos y algunas marcas blancas. Todo el abdomen quedará luego cubierto por los élitros, especie de capa real verde con tres pequeños botones de oro en el cuello: otro rey Nezara.

Subo al piso superior del gran hotel “tabaiba” y por uno de los corredores veo que se desliza, apresurada, con su traje rojo con botones negros, la coqueta “mariquita de San Antonio” (7), que con toda seguridad busca algo de comer, posiblemente un pulgón que, según me imagino, debe saberle como a nosotros un buen pollo.

Persiguiendo a la graciosa “damita de los siete lunares” desemboco en una amplia terraza donde pululan cantidad de seres de las más variadas estirpes, con diferentes vestimentas multicolores y moviéndose nerviosamente de un lado para otro, lo que a primera vista me sugiere la celebración de los bailes de máscaras de nuestra sociedad. Abundan las mariquitas con sus disfraces de “Pierrot” y pequeños diablos con brillantes corazas azules y cabeza roja con cuernos. En el gran salón irrumpe de pronto un dragón chino de enorme tamaño con el cuerpo ilustrado por vistosos colores y dibujos, que termina en un gracioso y erecto cuerno escarlata (8). Entre todos los vestidos tan vistosos y originales, descubro uno que no podía faltar: una novia o un hada, envuelta en un velo o capa de tul verde. Se trata de una bella dama con ojos dorados y cuerpo esbelto y delicado (9). Una de las más bellas criaturas que asisten a esta animada fiesta del “hotel Tabaiba”.

Para mayor estupefacción por mi parte, descubro que esta especie de terraza formada por la superficie de una hoja, ha sido adornada con unos conjuntos de globos, como vistosos huevos de nácar, que flotan a cierta altura sujetos por finísimas cuerdas o varillas de cristal. También parecen grupos de imitación de farolitos chinos. Lo que quiera que sea, es algo muy original que me llama poderosamente la atención y me pregunto quién habrá sido el autor de estos curiosos adornos. ¿Adornos? ¿Acaso debo pensar que la Naturaleza sigue los mismos caminos que el cerebro humano y necesita el adorno, el embellecimiento o cualquier otro pobre recurso estético o lúdico para expresarse?

En verdad es nuestro cerebro quien nos engaña cuando pretendemos explicarnos los actos o designios naturales. Esto que estoy contemplando no es un alegre y frívolo «baile de máscaras», sino al contrario, unas escenas, tan horriblemente crueles, que más parecen pertenecer al Infierno que al Paraíso.

El verdadero motivo que reúne a todos estos seres en lo que, jocosamente, he llamado «hotel Tabaiba», no es precisamente una reunión de divertimento. La hoja donde se celebran estos actos, más que salón de baile es un refectorio donde acuden gran variedad de entomófagos o depredadores, que armados de potentes mandíbulas, trompas suctoras, o atezantes garras, buscan con avidez a los débiles «pulgonos», pacíficos huéspedes de los vegetales que viven entretenidos chupando los jugos de la planta. Precisamente en esta hoja que observo abundan los pulgonos (10). Están concentrados en el envés. Son criaturas de cristal verde oliva provistos de dos largos tubos o sifones que surgen del extremo posterior de su abdomen que parece un odre repleto de licor. Unas grandes hormigas cuidan este rebaño de áfidos (así se llaman los pulgonos) mientras aprovechan para acariciarlos con sus antenas para que segreguen gotas del preciado licor por los sifones, líquido que constituye un apetecido néctar para esta clase de hormigas pastoras.

La «mariquita de San Antonio» es la primera en llegar junto al rebaño de pulgonos. Se detiene un momento como calculando por qué pieza decidirse y con una pequeña carrerita trata de atacar a uno de los ejemplares más inflados. Pero una de las hormigas guardianas acude rápida y en un hábil forcejeo, logra lanzar al espacio al torpe y hambriento coleóptero. No ocurre igual con la siguiente bestia que ataca al rebaño. Esta vez se trata de una especie de caimán de terribles mandíbulas y cuerpo rugoso y repugnante. Es también una «mariquita», pero ahora se presenta en su estado larvario, con cuerpo flexible y unas pinzas bucales más potentes que las del adulto. Su habilidad de fiera cazadora se pone de manifiesto al dirigirse directamente a la hormiga guardiana

a la que ataca y deja inútil mientras con las tenazas de las mandíbulas se lleva al pulgón que pronto será devorado. Observando estas trágicas escenas, que parecen de película fantástica y de horror, noto la ausencia de la banda sonora, que tenía que estar compuesta de gritos de desesperación, alaridos de dolor, ruidos provocados por potentes mandíbulas chascadoras ... mas todos estos dramas de la naturaleza suelen ocurrir en silencio o quizá en otras ondas que nosotros no percibimos. Es por esta falta de sonoridad que el espectáculo no se presenta tan terrorífico como debiera y hasta produce en mi ánimo alguna nota de humor como ocurre con esta especie de zanahoria que se mueve con graciosos y ondulantes movimientos de sirena y de pronto se lanza con sus sedientos labios sobre un inocente y desprevenido pulgón que es absorbido y vaciado de sus líquidos interiores. Esta curiosa criatura es la larva de una mosca que los naturalistas conocen como *Sirfus* **(11)**. Tienen el cuerpo con franjas amarillas y es fácil encontrarla bajo los árboles, detenidas en el aire, con vuelo como de helicóptero o colibrí, con desplazamientos bruscos y rápidos con los que desaparecen y vuelven a aparecer ante nuestros ojos, como si fuesen objetos manejados por un prestidigitador.

En esta trágica sala-comedor irrumpe también una nueva bestia de tipo de caimán que se ha “colado” en la fiesta sin entrar por la puerta principal. Es algo así como si un ladrón entrara por la ventana, o mejor, como si hubiese llegado oculto en alguna mercancía, tal los soldados que ocuparon el vientre del Caballo de Troya. En este caso que he presenciado, el ladrón surgió de uno de los farolitos chinos o globos que tomé como simples adornos y que resultaron ser los huevos de la preciosa dama de los ojos de oro **(12)**, la novia vestida con velo de tul verde que ya cité como la más bella asistente a la fiesta.

Descubrí al intruso cuando rompía el globo o farolillo y con destreza descendió por el poste, dejándose caer sobre un conjunto de áfidos. ¡Qué bien! Nada más llegar a la vida ya se encuentra la comida en abundancia. Es maravilloso como la Naturaleza dota a las madres del instinto de conservación de su prole. Pues no es casualidad que los huevos hayan sido colocados justo en los lugares donde hay concentración de pulgones. En poco tiempo se han roto todos los farolillos y las larvas de *Crisopa*, junto con las de la mariquita, y las de los *Sirphus* causan un gran exterminio entre los parásitos de la planta.

Había quedado con la «pintora-fotógrafo» en que nos encontraríamos al final de las praderas floridas que yo consideraba un multicolor campo de aviación y donde ya había hecho algunas observaciones de curiosos «animales voladores» como la «mosca de Virgilio» **(13)**, la «mosca de los ojos rayados» **(14)** y otros seres de la fauna alada que abundaban en los grandes recuadros

herbosos. El motivo de mi nueva visita a los preciosos campos florales fue una carta llena de entusiasmo que me escribió la pintora en la que me contaba uno de sus más sorprendentes hallazgos. ¡He capturado tres osos voladores! – me decía en la carta -. «Son unas preciosas criaturas con el cuerpo rechoncho y revestido por una vellosidad blanca lanosa (15) que me recuerda los ositos de peluche que tuve en mi infancia. Aquellos muñecos que siempre me causaron una gran decepción al descubrir que eran artificiales y siempre estaban quietos y no hacían el mínimo gesto por su cuenta, todo lo que me llevó a pensar que la gente mayor no comprendía a los niños, pues lo que nosotros deseábamos era un ser “vivo”, un ser de verdad, como un pajarillo, un conejito, ... ¡Ah, si en mi infancia hubiera descubierto esta noble, mansa y curiosa criatura que recorre ahora la palma de mi mano...! ¡Cómo la hubiese amado!».

Mi colaboradora me escribía también que había descubierto algo cómico y sorprendente a la vez: sobre la copa de unos «árboles» conocidos como «Cañaejas» o «Hinojos» había encontrado al rey Nezara «en pijama y haciendo el amor». Me envió unas fotos y en ellas reconocí a un pariente cercano del rey Nezara, pues se trataba de un individuo de la misma familia PENTATOMYDAE que viste traje muy colorista, con rayas rojas y negras el *Graphosoma subpunctata* (16), gran bebedor de anís, pues siempre se le encuentra sobre esta planta de hinojos que produce una sabia anisada y refrescante.

Al final de una hermosa pradera florida y al comienzo de una pequeña montaña empezaba el territorio de los grandes euforbios, vulgarmente conocidos como «cardones». Esta planta recuerda los «cactus» de América. Sus ramas son como un conjunto de tubos cuadrados que se elevan hacia el cielo y presentan cierta forma de órganos o también de enormes candelabros. Junto con la «tabaiba», es la especie vegetal que predomina en las cumbres del macizo de Anaga, montañas que hemos escogido como meta final de nuestra expedición.

Un día 27 de mayo, acampamos en la ladera de un barranco donde escogimos la sombra de un gigantesco ejemplar de «cardón» que tenía un buen número de ramas y nos pareció un ejemplar idóneo para ser explorado con la lupa. Se trataba de un ejemplar viejo y las ramas más bajas, que eran las más antiguas, estaban secas y ahuecadas, por lo que supusimos que bien podían servir de refugio a nuevas y curiosas especies de nuestros «pequeños dinosaurios». Nos hicimos la idea de que los «cardones» eran grandes edificios como los rascacielos norteamericanos que tenían entradas en el extremo de sus ramas bajas. Eran entradas muy anchas de galerías cuadradas cuya profundidad no podíamos adivinar cuando decidimos la aventura de su exploración. El

interior de aquellos inmensos tubos estaba formado por una gran sucesión de tabiques que separaban diferentes cámaras. Los tabiques parecían de papel o grandes láminas de papiro y quizá fue esto lo que nos hizo pensar que marchábamos por el interior de una pirámide egipcia. Fascinados por esta idea penetramos con nuestras linternas encendidas y fuimos pasando de una cámara a otra, con los ojos bien abiertos y conteniendo la emoción, pues teníamos la seguridad de que en cualquier instante podía aparecer algún monstruo desconocido o un ser feroz, como murciélagos gigantes, vampiros que nos atacarían al ser molestados en su letargo diurno. En una de aquellas estancias que parecía un cuartito de una vivienda china, una pequeña oruga verde, ascendía por la pared con su graciosa forma y movimientos de compás (17), como si estuviese midiendo la habitación. Parecía un áspid y nos trajo el recuerdo de Cleopatra.

Silvia quiso hacerle una foto y cuando la habitación se iluminó por el flash, brillaron en un rincón cuatro pepitas de oro de gran tamaño y nos emocionamos igual que si hubiéramos hallado parte del tesoro de algún faraón. Al observar de cerca aquella especie de melones dorados descubrimos que eran seres vivientes que permanecían aletargados en la oscuridad. Se trataba de unos preciosos escarabajos con reflejos metálicos que pertenecían a la familia de las «Crisomelas» (18), insectos que siempre tienen preciosos adornos en sus élitros y que son parientes de la muy conocida «Dorífera» o «Escarabajo de la patata». Silvia se entretuvo haciendo fotos del «tesoro del faraón» y no cesaba de ponderar la belleza y la originalidad de aquellos seres envueltos en su coraza de oro.

No habíamos terminado aún con la emoción de aquel hallazgo cuando nos alertó el ruido de algo que se acercaba rozando los tabiques del papiro. Nos quedamos inmóviles, ocultos tras unos de los abundantes biombos y esperamos la aparición del ser que desde el interior del largo túnel acudía atraído seguramente por la luz de nuestras linternas.

La bestia que apareció de pronto era una especie de «soldado egipcio» gigantesco (19) que nos imaginamos como perteneciente al cuerpo de guardianes de los faraones. El uniforme era rojo y negro, muy semejante al de los pequeños «egipcios» que ya habíamos visto en las praderas. Tenía los dibujos de un escudo africano. Se detuvo ante nosotros un buen rato moviendo las antenas nerviosamente. Silvia aprovechó para hacer unas fotografías mientras yo iluminaba con la linterna. La bestia quedó en el centro de un redondel de luz y parecía un torito de colores despistado. De pronto el curioso animal dio media vuelta y desapareció con rapidez en el interior de la oscura galería.

Seguimos avanzando movidos por una enorme curiosidad pues esperábamos encontrarnos con alguna sorpresa, surgida como siempre de ese mundo fantástico y real que nos brindaba la lupa. Mirábamos con detenimiento todos los rincones, tabiques, suelo y paredes. Yo me dediqué especialmente al techo y tenía el presagio de que de un momento a otro iba a aparecer algún enorme murciélago o una gigantesca araña. Silvia fue la descubridora de un ser extraordinario. Un molusco terrestre de cuerpo negro brillante (20) que se cubría con una concha con muchas vueltas de espiras que recordaba un turbante egipcio de exagerada altitud. Estuvimos de acuerdo en penar que aquel ser pertenecía a alguna estirpe faraónica importante dentro del gran minimundo de la pirámide que estábamos explorando, como si nos encontráramos en el interior de un sueño donde la sociedad humana egipcia se reencarnaba en otros seres de la Historia Natural. Un mundo fantástico seguía empujándonos hacia lo más profundo del sorprendente pasadizo. De repente nos encontramos con una bifurcación. A la derecha se abría un túnel más estrecho y cilíndrico, desprovisto de aquellos molestos biombos de pergamino que a veces nos impedían el paso. Optamos por tomar este nuevo camino que nos parecía más cómodo. Se trataba de un tubo curvado, de paredes lisas, que presentaba síntomas de abandono y nos daba una extraordinaria sensación de paz. Avanzábamos ahora con cautela y conteniendo la respiración, pues aquel ambiente tranquilo y silencioso nos hacía presagiar algún encuentro extraordinario. Y fue al doblar del todo la curva del oscuro túnel cuando la luz de nuestras linternas se perdía en el interior de una gran estancia adornada con grandes cortinas de seda entre las que asomaban multitud de ojos misteriosos que brillaban como luciérnagas. Más tarde supimos que aquellos ojos pertenecían a una serie de escarabajos que para nosotros representaban el escarabajo sagrado que servía de talismán en la tumba de los egipcios. La gran sorpresa fue que, al recorrer uno de aquellos cortinones, descubrimos lo que ya veníamos presagiando: ¡Un sarcófago!

La escena que se presentó ante nuestros ojos era digna de ser presentada en el escenario de un teatro. ¿A qué obra podía pertenecer? A alguno de los dramas de amor que tanto abundan en las obras de los autores universales como las de Shakespeare por ejemplo. Pero a mí me hace recordar con más similitud los párrafos que escribió el arqueólogo Howard Carter cuando descubrió el féretro de Tutankamón: **“Ante nosotros apareció el sarcófago amarillo. Estaba intacto, como si unas manos piadosas acabaran de cerrarlo. ¡Qué aspecto tan inolvidable, tan magnífico! Era más emocionante aún que el brillo del oro. SOBRE UN EXTREMO DEL SARCOFAGO, UNA DIOSA**

EXTENDÍA CON GESTO PROTECTOR LOS BRAZOS Y LAS ALAS COMO SI QUISIERA RETENER AL INTRUSO. Llenos de respeto estábamos ante este signo tan claro ...”.

También nosotros sentíamos igual emoción que el arqueólogo, ya que el cuadro que se nos presentaba tenía una gran similitud con el descrito por Carter, pues una preciosa «mantis» (21) de grandes ojos y perfiles egipcios se colocaba en idéntica postura que la diosa citada, con las alas abiertas y los brazos protegiendo aquella especie de catafalco que teníamos ante nosotros. Una modelo profesional no hubiera posado mejor ante la cámara de Silvia. Brilló el flash varias veces y con la luz de los potentes chispazos se aclaró toda la estancia y pudimos ver atónitos que allá en el fondo había otro catafalco más voluminoso que había sido hecho con otra clase de material. Por el tamaño nos pareció que tenía que tener un contenido más importante que aquel tan celosamente custodiado por la princesa Mantis, así que optamos por no molestar al «afanoso guardián de los muertos» y nos dirigimos al nuevo sarcófago con idea de examinarlo de cerca.

Era una especie de gran cofre, de contornos redondos, hecho de fibras secas vegetales que daba la sensación de estar construido con una maraña de cintas de oro. Así lo veíamos con la luz de nuestras linternas. Lo repasamos con la lupa por si encontrábamos alguna llave o cierre, pero todo resultaba tan macizo que parecía de una sola pieza y sin ninguna ranura ni bisagras que pudiera sugerirnos por donde abrir aquel enigmático cofre.

Después de observarlo detenidamente y sacarle algunas fotografías, opté por abrirlo usando una cuchilla, haciéndolo con mucha precaución, un corte longitudinal por todo su contorno. Al final, conteniendo la respiración, me dispuse a levantar la falsa tapa y pudimos contemplar emocionados la momia de un faraón. (Se trataba de la ninfa de un coleóptero longicorno que habita en las ramas secas de la euphorbia canariensis, [cardón] *Lepromoris giba* (22), muy buscado por los entomólogos).

En verdad no se porqué se interrumpen aquí mis expediciones a través de este mundo maravilloso que está a nuestros pies. Acaso llegaron las lluvias y la naturaleza quedó en el letargo del invierno y mis pequeños dinosaurios están cumpliendo con su período de hibernación. Algunos estarán sufriendo la metamorfosis para su transformación en imagos o adultos. Yo esperaré a la llegada de la primavera para proseguir con mis expediciones a través de la lupa, en busca de nuevas escenas de la micronaturaleza, que serán tan interminables como mi curiosidad de naturalista.

LISTA DE ESPECIES CITADAS

- 1) *Myrmeleon alternans*
- 2) *Calliphona Konigii*
- 3) *Plusia aurata*
- 4) *Metargiope trisfaciata*
- 5) *Amicta Cabrerae*
- 6) *Nezara viridula*
- 7) *Coccinella septempunctata*
- 8) *Hyles euphorbiae* (oruga)
- 9) *Chrysoperla carnea*
- 10) *Aphidos*
- 11) *Syrphus* sp.
- 12) *Chrysoperla carnea*
- 13) *Eristalis tenax*
- 14) *Eristalis teniops*
- 15) *Tropinota squalida*
- 16) *Graphosoma semipunctatum*
- 17) *Geometra* sp.
- 18) *Chrysomela gemina*
- 19) *Spilostethus pandurus*
- 20) *Rumina decollata* (molusco terrestre)
- 21) *Mantis religiosa*
- 22) *Lepromoris gibba*

**COLECCIÓN:
DISCURSOS ACADÉMICOS**

- 1.- *La Academia de Ciencias e Ingenierías de Lanzarote en el contexto histórico del movimiento académico.* (Académico de Número).
Francisco González de Posada. 20 de mayo de 2003.
Excmo. Ayuntamiento de Arrecife.
- 2.- *D. Blas Cabrera Topham y sus hijos.* (Académico de Número).
José E. Cabrera Ramírez. 21 de mayo de 2003.
Excmo. Ayuntamiento de Arrecife.
- 3.- *Buscando la materia oscura del Universo en forma de partículas elementales débiles.* (Académico de Honor).
Blas Cabrera Navarro. 7 de julio de 2003.
Amigos de la Cultura Científica.
- 4.- *El sistema de posicionamiento global (GPS): en torno a la Navegación.* (Académico de Número).
Abelardo Bethencourt Fernández. 16 de julio de 2003.
Amigos de la Cultura Científica.
- 5.- *Cálculos y conceptos en la historia del hormigón armado.* (Académico de Honor).
José Calavera Ruiz. 18 de julio de 2003.
INTEMAC.
- 6.- *Un modelo para la delimitación teórica, estructuración histórica y organización docente de las disciplinas científicas: el caso de la matemática.* (Académico de Número).
Francisco A. González Redondo. 23 de julio de 2003.
Excmo. Ayuntamiento de Arrecife.
- 7.- *Sistemas de información centrados en red.* (Académico de Número).
Silvano Corujo Rodríguez. 24 de julio de 2003.
Excmo. Ayuntamiento de San Bartolomé.
- 8.- *El exilio de Blas Cabrera.* (Académica de Número).
Dominga Trujillo Jacinto del Castillo. 18 de noviembre de 2003
Departamento de Física Fundamental y Experimental, Electrónica y Sistemas.
Universidad de La Laguna.

- 9.- *Tres productos históricos en la economía de Lanzarote: la orchilla, la barrilla y la cochinilla.* (Académico Correspondiente).
Agustín Pallarés Padilla. 20 de mayo de 2004.
Amigos de la Cultura Científica.
- 10.- *En torno a la nutrición: gordos y flacos en la pintura.* (Académico de Honor).
Amador Schüller Pérez. 5 de julio de 2004.
Real Academia Nacional de Medicina.
- 11.- *La etnografía de Lanzarote: “El Museo Tanit”.* (Académico Correspondiente).
José Ferrer Perdomo. 15 de julio de 2004.
Museo Etnográfico Tania.
- 12.- *Mis pequeños dinosaurios. (Memorias de un joven naturalista).* (Académico Correspondiente).
Rafael Arozarena Doblado. 17 diciembre 2004.
Amigos de la Cultura Científica.

**CENTRO CIENTÍFICO-CULTURAL BLAS CABRERA
ARRECIFE (LANZAROTE)**



Patrocina:

AMIGOS DE LA CULTURA CIENTÍFICA

